

Pero los tiempos se habian cumplido, y era preciso que se cumplieran tambien las promesas del Eterno. La caduca ley de Moisés, mal cumplida en un rincon de la tierra, no bastaba para contener el torrente de la idolatría que inundaba al mundo. Eran necesarios un nuevo legislador y una nueva ley: era menester que la realidad reemplazase á la esperanza, la verdad á los símbolos, la Iglesia á la Sinagoga. Y empezó la vida de un Dios en un pesebre, y acabó en una Cruz. . . .

La refulgente antorcha de la verdad levantada en el Calvario, penetró en la noche del paganismo, y á su vista cayeron en tierra los ídolos espantados. Mas no bastaban todavia las escenas que presenció la ciudad de las desolaciones: ciego el hombre en su delirio, preparó el potro y el cadalso contra los secuaces de la verdad, y fué preciso que la Religion llenara de claridad los calabozos de los mártires, que convirtiese su lecho de tormentos en lecho de flores, y que les hiciese cantar, alegres y tranquilos en medio de las hogueras, las alabanzas de su Dios.

Aun faltaban nuevos estravíos en el hombre, nuevos beneficios en la Religion. Vomita el Norte sus legiones de bárbaros, y preséntase el gefe de los Hunnos ante las puertas de Roma para no dejar en ella piedra sobre piedra; pero la Religion le salió al encuentro, y se civilizó la barbarie.

Domina el fatalismo en todo el Oriente; la ley del falso profeta es allí la ignominia de la razon y el oprobio de la inteligencia; pero la Religion manda allá á los caballeros de la Cruz, y humillado en mil encuentros el orgullo de la media luna, pasan muchos esclavos de los califas á ser ciudadanos libres de la ciudad de Dios.

¿Pero á dónde va el mortal por esas sendas tenebrosas, abandonando el rastro de luz que la obra de Dios ha dejado ya por todas partes? ¿Todavía ídolos en el Oriente! ¿todavía en el Occidente monstruosas divinidades que exigen víctimas humanas!... Mas aguardad. . . . la Religion envia al Oriente á Gama, y al Occidente á los hijos de la Iberia; en sus estandartes va pintada la Cruz, y á su vista se derrumban los nefandos altares.

La humanidad no cesa de correr desenfrenada, y de precipitarse sin tino en los abismos del error. Ved como se atropella por abrazar un cisma impuro; ved como marcha en pos del filo-